SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

ENTRE ROCAS

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

AURELIANO DE BERUETE Y MORET



MADRID
FLORÍN, 8, BAJO
1900

Para mi querido y buen
amigo [redacted]
Recuerdo afectuoso.

El autor

ENTRE ROCAS

ENTRE ROCAS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

AURELIANO DE BERUETE Y MORET

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 13 de Enero de 1900



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551.

1900

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA......................	SRTA. MORENO.
ANTONIA....................	SRA. ARGÜELLES.
ADELA......................	SRTA. SOLIS.
PASCUAL....................	SR. BUENO.
RICARDO....................	PERRÍN (D. Antonio).
GASPAR.....................	AGUADO.
EUGENIO....................	PERRÍN (D. Rafael)
MÉDICO.....................	MERCÉ.
GUARDA AGUJAS..............	HERNÁNDEZ.
CANTERO 1.º................	VIROSQUE.
IDEM 2.º...................	MÁS.
IDEM 3.º...................	MARTÍNEZ.
MUJER 1.ª..................	SRA. GARCÍA.
IDEM 2.ª...................	FERNÁNDEZ.
IDEM 3.ª...................	SRTA. MENDEZ.
UNA NIÑA...................	SRTA. RUIZ.

Canteros, mujeres y chiquillos

Drama contemporáneo

ACTO PRIMERO

La escena representa el interior de una vivienda de canteros situada en la vertiente meridional de la sierra del Guadarrama. En el fondo, puerta que comunica con el campo, y una gran ventana, por la cual se ve un paisaje abrupto característico del lugar que representa. En el lienzo lateral, derecha, una gran chimenea. Lienzo lateral, izquierda, puerta que comunica con una habitación interior; una cómoda y encima una urna de cristal que encierra una imagen de la Virgen. Varias sillas, algunas herramientas propias de cantero. Cerca de la chimenea una mesa. Todo arreglado con esmero, pero pobre.— Es de noche; un velón sobre la mesa ilumina débilmente la estancia.

ESCENA PRIMERA

MARÍA y ANTONIA. María dormita en una silla; Antonia se levanta y va á la puerta de la izquierda. María se pone en pie

ANT. ¡Chist!... (A María, que ha hecho ruido.)

MARIA ¿Duerme?

ANT. No, sigue agitado.

MARÍA Los dolores han debido cesarle.

ANT. Al menos ahora no se queja... ¡Qué horas ha pasado!... ¡pobre hijo mío!

MARÍA (Va á la ventana y la entreabre.) Comienza á clarear... ¿quiere que abramos?

ANT. Sí, abre, que entre algo de luz.

MARÍA La obscuridad de la noche entristece siempre; y en circunstancias como estas angustia aun más. (Abre la ventana. Luz rojiza, propia del amanecer, ilumina el campo.) Dentro de poco

saldrá el sol, ya se empiezan á iluminar los picos. Parece que se prepara un buen día.

ANT. Dios quiera que pueda hacer el viaje sin frío y sin viento.

MARIA (Apagando el candil.) Se ha gastado todo el aceite.

ANT. No es extraño, luciendo la noche entera. Según creo, no hay más.

MARÍA Sí, ayer traje yo algo. (Se ve atravesar gente á través de la ventana.) Mire, se ve cruzar gente. Aquí hay un grupo á la salida de la estación. En él está Gaspar. (Hace señas con la mano.) Me ha visto, ya viene.

ANT. El sabrá algo... nos dirá la hora de salida del tren.

MARIA Quedaron en avisarnos.

ESCENA II

MARÍA, ANTONIA y GASPAR

GAS. (Entrando.) Acá venía, mas quise llegarme antes por la estación para averiguar... pero... ¿cómo está Pascual, cómo ha pasado la noche? (Con ansiedad.)

ANT. Los dolores parece que han cesado en parte, pero, en cuanto á dormir, ha sido poco. En las primeras horas, sobre todo, tuvo gran angustia, temía morir. El médico le tranquilizó; vino dos veces, la última sobre las once ó más tarde quizás.

MARÍA Nos asegura que el peligro no es tan grande como pareció en un principio.

GAS. Bien se está portando don José; no ha entrado en su casa en toda la noche; curando á este, animando al otro, acudiendo á todos, no ha descansado nada desde ayer tarde. Estas desdichadas familias no olvidaran sus servicios;solo que los pobres mal pueden pagar, ni aun para ellos tienen. Es decir tenemos... pues lo que es yo...

MARÍA ¿Cómo están los otros?

ANT. ¿Los heridos son siete?

GAS. Sí, siete; dos, precisamente los dos muchachos hermanos que vinieron de las canteras del Encinar hace seis días pidiendo trabajo, están muy mal, tanto que no irán en el tren. Como los pobres son los únicos que no tienen casa, están en la Administración; se oyen sus gemidos desde la caseta de la herramienta; el pequeño tiene deshecho todo el costado izquierdo... ¡Desdichado!... Y buenos chicos que parecían; digo parecían, pues ya creo que por desgracia más se les puede contar como muertos que como vivos.

MARÍA ¿No será posible salvarlos?... ¡pobrecitos!

GAS. Don José dió orden de que no vayan á Madrid, pues no podrían resistir el viaje. A los cinco heridos restantes cree será posible curarlos, pero aquí no hay elementos ni medicinas, y nada puede hacerse en esas condiciones. Al que da más lástima ver es al hijo de Raimundo; ¡pobre chico! Diez y ocho años apenas cuenta, trabajador, listo, honrado como su padre é inútil ya...

MARÍA ¿Sí?

GAS. Las dos manos le llevó la piedra.

MARÍA ¡Jesús!

GAS. Ese, sana seguramente, pero ¿de qué le vale? De miseria morirá después de sufrimientos y privaciones inútiles.

ANT. ¡Y su pobre madre, que está tan enferma!

GAS Creo, que excepto Eugenio, que tiene un brazo roto, y Víctor, que sólo sufrió una herida poco profunda en la espalda, el que libró mejor fué Pascual.

MARÍA En medio del dolor, aún hay que dar gracias á Dios.

GAS. Mi vida he pasado en canteras, he visto cargar muchos cientos de barrenos y á catástrofes y desgracias estoy acostumbrado, pero como la de ayer ninguna. Siete víctimas; cuantos había allí.

MARÍA ¿Usted estaba cerca?

GAS. ¡Ya lo creo! En la Cañada; buena cantidad de cantos cayeron proximos pero estábamos al abrigo de los barrenos y eso nos salvó. Yo

fuí de los primeros en llegar. Me parece que aún oigo los gritos; en seguida comprendí lo que era; cuando traspuse la cima, ¡qué espectáculo, qué horror! Siete infelices, nuestros compañeros, víctimas de su trabajo, caídos, contraídos por el dolor, retorciéndose entre pedruscos sobre aquella tierra enfangada por su sangre. ¡Oh! aquella escena, aquellos lamentos, aunque viva cien años quedarán grabados en mí para siempre. A ello estamos expuestos los canteros á cada momento.

ANT. Calle, Gaspar, calle.

MARÍA Sí...

GAS. Y acá sin garantía ninguna para los que quedan inútiles. Según parece, en las canteras que van á fundar en los altos del Brezal, de las que será jefe don Ricardo, se arreglarán las cosas de mejor manera.

ANT. Eso dicen siempre antes de empezar las obras, en todas ellas; en ésta también prometían y luego nada, ningún socorro, ningún auxilio habia en la Administración.

MARÍA Cuando vinimos aquí, prometían muchas facilidades... (Levantando la voz.)

ANT. Chist... (Imponiendo silencio.)

MARÍA Sí, que no oiga... (Antonia va á la puerta de la izquierda y vuelve después.)

GAS. Si don Ricardo toma el mando, verán ustedes cómo aquello será cosa distinta de todo esto. Vale mucho, tiene gran corazón y entiende como nadie, pues sabe tanto como los ingenieros que nos mandan y trabaja como el mejor de nosotros. Ayer, en medio del barullo del primer momento, él empezó á disponer y mandar, y realmente lo hizo bien. Luego, él mismo, telegrafió, y con la locomotora, que por casualidad había aquí, salió para tomar la línea de Villalba, y de allí, ó de Madrid, si es necesario, venir con el tren dispuesto para llevarse los heridos.

ANT. ¿Pero conseguirá traer ese tren?...

GAS. Esperándolo estámos de un momento á otro; ya dejó el empalme y entró en la nueva

vía y en cuanto llegue marcha; en él traenn camillas para transportar los heridos. ¿Aquí está todo preparado?

MARÍA Todo.

GAS. Entraré á verle un momento.

MARÍA Pase usted, sí.

ANT. Entremos, así se le dispondrá para la marcha. (Se dirige a la habitación de la izquierda.)

ESCENA III

MARÍA, ANTONIA, GASPAR, MÉDICO

Se oye ruido. Por la ventana se ven pasar grupos de canteros

MÉD. (Entrando por la puerta del fondo.) Aquí me tienen de nuevo. ¿Cómo sigue Pascual?

MARÍA Algo mejor parece.

ANT. Desde que estuvo usted anoche está más tranquilo.

MÉD. Vamos... ¡Hola, Gaspar!

GAS. Buenos, don José. (Entran todos, menos María que queda á la puerta.)

ESCENA IV

MARÍA y GUARDA AGUJAS. Luego GASPAR

GUAR. (Llamando; entra luego.) ¿Hay permiso?

MARÍA Adelante.

GUAR. ¿Hay aquí un herido que irá en el tren?

MARÍA Sí.

GUAR. Pues vengo de parte del jefe; ya han dado la salida del Cañal, y de un momento á otro llegará, y al instante saldrán para Madrid.

MARÍA Avisan de la estación que en seguida es la marcha. (Hablando á los que están en la habitación de la izquierda.)

GAS. (Saliendo.) Está bien.

GUAR. ¿Hace falta camilla?

GAS. No, Pascual puede marchar por su pie.

MARÍA ¡Es tan poca la distancia!

GUAR. Bien, hasta luego. (Vase.)

GAS. No parece muy débil, á juzgar por la voz.

MARÍA Lo grave son las heridas de la cabeza. Cuando llegó le creímos muerto, todo cubierto de sangre; desvanecido además por el golpe, parecía un cadáv r. Yo hubiera tratado de que su madre no le hubiese visto en tal estado, pero fué tan grande mi impresión, que las fuerzas me faltaron para todo... ¡qué escena!... Después que el médico lavó las heridas, se apreció en menos su mal, pero muy grande es de todos modos. Ahora el viaje, los gastos de la curación, y mientras, ¿quién gana aquí para mantener la casa? (Con desconsuelo.)

GAS. No apuraros por ello, con algo de ayuda que todos prestemos, ya se saldrá adelante. (Animándola.)

MARÍA ¡Pobre seña Antonia y pobre Pascual!... Si yo pudiera hacer algo... trabajar... ¿pero dónde? ¿en qué?

GAS. No, chiquilla, no te apartes tú por ahora de la pobre Antonia.

MARÍA Si tuviera algún dinero, ya me iría yo gustosa al Hospital á cuidarle allí.

GAS. Ni verle te dejarían. No sabes tú cómo están arregladas esas cosas; allí nadie los ve más que algún día que otro, y eso por un instante.

MARÍA Solo enteramente, él, que está acostumbrado á estas querencias... ¿Y si queda inútil?

GAS. No es fácil.

MARÍA Mi vida daría por salvarle.

GAS. Gitanilla, aunque no se conozca, buena y noble es la sangre que te da vida; ¡en buen aprecio tienes á estos que te criaron!

MARÍA Otra cosa faltara, se lo debo todo...

ESCENA V

MARÍA, GASPAR, ANTONIA, MÉDICO

MARÍA ¿Cómo sigue... qué cree usted?

MÉD. Creo, que hecha la cura de la herida del pe-

cho, con esmero y saber, no habrá el peligro que temí en el primer instante. Puedo asegurar que no ha quedado ningún trozo de piedra dentro.

GAS. ¿Y las quemaduras de la cara... la frente?

MÉD. Realmente no creo sean más que superficiales, pero eso es lo que allá reconocerán... Dolores hay menos... en fin, cobren ánimo... Su estado es serio, pero tengo grandes esperanzas. Es muy posible que dentro de poco tiempo lo tengan ustedes aquí tan bueno como antes.

ANT. Dios lo haga, con mucho fervor se lo pido.

MÉD. Estando tan cerca de la estación, no es necesario que salga hasta el momento preciso; cuanto menos aire tome, mejor.

GAS El tren debe de estar para llegar... ya han avisado

MÉD. Allá voy á disponerlo todo. Hasta luego.

ANT. Adiós, don José, y gracias por sus cuidados.

MARÍA Sí, gracias. (Vase el Médico.)

ESCENA VI

MARÍA, ANTONIA, GASPAR, luego ADELA

GAS. Ya lo oyen... cuestión de unos días.

ANT. Veremos. ¡Qué dolor separarme de él!

GAS. ¿Le han prevenido que marchará?

MARIA Sí.

GAS. ¿Y qué dice?

ANT. Pues que parece ser necesario, se resigna, y yo también, aunque me cuesta gran padecer separarme de él y entregarle á manos extrañas.

ADELA (Entrando muy angustiada.) ¡Madre!... Pero, ¿qué es lo que ha ocurrido? ¿Dónde está?

ANT. Felizmente salvó.

MARIA ¡Chist! Calla, que no oiga.

ADELA ¿Pero fué herido?

ANT. Sí, en el pecho y en la frente.

ADELA ¡Jesús! ¿Y qué fué? Lo de siempre, un barreno.

GAS. Sí, que estalló antes de que se retiraran.

ADELA ¡Oh! Quiero verle.

MARIA Aquí está tu hermana. (Dirigiéndose á la habitación interior.) Pasa adelante. (Entran Adela y María.)

GAS. Prepararle.. Yo voy á la estación y vendré á avisar en el momento preciso.

ANT. Ya está dispuesto...

GAS. Bueno, hasta ahora. (Sale por la puerta del fondo.)

MARIA (Entrando por la izquierda.) Quiere ponerse en pie, venir aquí... tiene frío.

ANT. Aviva un poco el fuego. Mejor esperará sentado á la lumbre que en ese cuarto. (Antonia entra en la habitación; María atiza el fuego.)

ESCENA VII

PASCUAL, ADELA, ANTONIA y MARIA. Pascual sale sostenido por su hermana y su madre. Lleva la cabeza y el pecho vendados. Se sienta en el sillón

PAS. Estoy mejor aquí. Esto está más templado.

MARIA Siéntate aquí, junto al fuego.

PAS. Sí, María, aquí, á mi lado.

MARIA (Cariñosa.) Donde quieras.

PAS. Tú también á mi lado.

ANT. ¡Hijo mío!

PAS. Adela...

ADELA ¿Qué quieres?

PAS. ¿Cómo has sabido tú esto?... ¿Cómo has venido?

ADELA Anoche á última hora llegó allá Marcelo, el guarda del Robledal, que había pasado aquí el día, y ese fué el que dió la noticia. A mi marido le avisó diciendo que tú eras de los heridos; los dos hubiéramos venido en seguida, pero él estaba obligado á quedarse; casualmente estos días falta mucha gente que se ha ido á las obras de la vía, y como está encargado del cuidado de los casetones del bajo, en que tienen la pólvora, no podía dejar aquello. Yo quería venir, aunque

fuese sola, pero no me dejó; en cuanto claree marchas, me decía; ahora, de noche, no puedes cruzar el pinar Como no hay caminos, ni rastros de veredas, ni nada que indique, comprendí que hubiera sido arriesgarme; pero á las cinco de la mañana, no clareaba aún, salí para ir bordeando el pinar, y cuando lo crucé por Las Zajas ya se veía algo... ¡Qué noche tan angustiosa pasé!... Pedro me consolaba. Te aseguro que lo de tu hermano es poca cosa. Luego, algo supimos de que os llevaban á Villalba ó á Madrid; y eso, ¡oh, el pensar que quizá marcharas sin que yo te viera!... ¡Pascual, hermano mío! (Pascual se desvanece.)

ANT. ¿Qué te pasa?

PAS. (Volviendo en sí) No, nada, un mareo; la pérdida de sangre.

MARIA Toma, aquí tengo un poco de caldo.

ANT. Sí. ¿Qué quieres?

MARIA Ten (Ofreciéndole una taza.)

PAS. (Después de beber.) Sí, ya estoy mejor, ya pasó. (Se oye ruido fuera; cruza gente; gran movimiento.)

ANT. ¿Qué es eso?

ADELA Será el tren. (Adela va á la puerta del fondo y mira.) Sí, ya se le ve; entra en la curva; dentro de un instante llega. ¿Tienes todo dispuesto?

ANT. Sí. En un pañuelo envolví lo que pueda necesitar.

PAS. ¿Pero es necesario que yo marche?... Temo el viaje.

ANT. Más que tú siento yo dejarte; pero ya ves que es preciso; aquí no hay nada, tienen que hacerte la cura allí. . Don José nos asegura que es cosa de pocos días

PAS. Sea.

MARIA ¿Sacó usted la manta que ha de llevar?

ANT. No, ahora voy. Adela, ayúdame. (Vanse ambas á la habitación próxima.)

ESCENA VIII

PASCUAL y MARIA; luego ANTONIA y ADELA. El ruido exterior y el movimiento son cada vez mayores. María va á la puerta; se oye llegar el tren. Se ve, á través de la ventana, cruzar gente

MARIA (Entrando, después de cerrar la puerta.) Ya llegó.

PAS. Le oigo... No sé por qué no quisiera marchar; temo algo muy grave. Dejar esta casa... Dejaros á vosotras... ¡Oh! (Levantándose.) Siento la humedad, el frío otra vez aquí en mis ojos. Se abrió la herida. (Con expresión de terror.)

MARIA (Corre á él.) ¿A ver? No, no hay sangre. Está bien vendado.

PAS. ¡Oh! (Cayendo en l butaca.) ¿Y si no saben curarme, y si empeoro, allí, solo, en un hospital, entre gente extraña, que no me conoce, que no me quiere? .. (Pausa.) ¿Y si me muero?...

MARIA Pascual, ¡qué cosas dices! No hay que pensar en eso.

PAS. No hay que pensar en eso... ¿Por qué? Porque es muy triste, pero muy posible... que no me volvais á ver más, que cuando cierre los ojos por última vez no os tenga allí, ni os pueda besar ni abrazar así... (La abraza y besa tiernamente.)

MARIA ¡Oh! Si pudiera, iría yo contigo, y entonces...

PAS. Sí. ¿Quién es?... ¿Quién está?

ANT. (Entrando.) Yo, hijo, que vengo por tu pañuelo para que también lo lleves; ya verás qué bien te estamos disponiendo todo.

ADELA (Mirando por la ventana.) Jesús mío... cuánta lágrima costará esta despedida. Acabemos esto, pues saldrán al instate. (Vanse a la habitación de la izquierda.)

ESCENA IX

MARÍA y PASCUAL

PAS. (Tras una pausa.) Además, ¿qué va á ser de mi madre y de tí; no tenéis recursos, no tenéis nada... con qué vais á vivir?

MARÍA No temas por eso, nosotras ya saldremos adelante.

PAS. Y, sobre todo, tú... ¿qué harás tú si yo falto, qué será de ti?... Esta es la idea que me tortura; más daño me hace que las heridas; me aniquila más que la sangre que pierdo.

MARÍA ¿Pero qué dices?... ¿por qué?.. ¿qué temes?... ¿qué piensas?

PAS. No, nada, es que te quiero mucho... mucho. Eres muy chiquilla y estás muy sola; sí, María, nadie cuidará de tí..

MARÍA Cuidarás tú y por muchos años, y lo harás con el mismo cariño que siempre lo hiciste. Eres más que mi padre, más, mucho más, porque no siéndolo, á nada estás obligado, y, sin embargo, más has hecho por mí que padre ninguno por su hija hiciera. La vida te debo, mil desvelos, mil cariños; nunca olvidaré tus cuidados, no; Dios quiera que un día, te los pueda pagar, de alguna manera.

PAS. No he hecho más de lo que tú mereces... pero...

MARÍA Pero... ¿qué? ¿Tan poca fe tienes en mí que crees no sería, en último término, capaz de salvar cuantas dificultades ante mí se pusieran? No dudes, no; muy joven soy.. pero ya comprendo mi situación, conozco mis obligaciones. La tristeza y la amargura ¡ay! enseñan mucho.

PAS. ¡Oh... sí... es verdad... perdóname...

MARÍA Tú á mí... ¿de qué?... ¡Oh, no!... basta de cosas tristes... nada, anímate, piensa que dentro de muy poco volverás entre nosotras. sano de nuevo, á trabajar, á ganar mucho,

PAS. Así lo quieres.. ¿no es verdad?

MARÍA Y así lo espero.

PAS. Otra vez... la sangre... (Agitado.)

MARÍA (Le reconoce) No, es preocupación tuya, la misma debilidad; la herida está cerrada. (Tranquilizándole)

PAS. Muy débil estoy, sí... esta noche soñaba, soñaba siempre sin llegar á dormirme... os sentía, os veía á tí y á la madre, allí, á mi lado, y al mismo tiempo te veía á tí en otros

momentos. Toda tu vida se me aparecía con completa realidad. Se me representaba con todos sus detalles y en toda su verdad; parecia que volvía à suceder aquello que sucedió y que no volverá á ser... Tu encuentro... ¡oh, qué bien lo percibía! .. Volvía yo como aquella tarde de Octubre, de eterno recuerdo, con mucha fuerza en mis brazos, con mucha alegría en el coràzón, con veinte años, en en fin. Contento volvia á casa, donde mi madre y mi hermana me esperaban; había trabajado bien toda aquella semana, y algunas monedillas de plata pesaban en el bolsillo. ¡Qué más podía yo ambicionar! En el bajo me detuve; el arroyo que debía cruzar traía más agua que otras veces; los chubascos de aquella mañana lo habían crecido. Buscaba algunos cantos que poner en el medio para atravesarlo más fácilmente, cuando de pronto sentí que de entre las mismas rocas salía un ruído extraño, un gemidito, un débil lamento humano ahogado por el ruído que el agua producía al estrellarse entre las piedras. Me acerco, y, en en efecto, al borde mismo de la vereda, hundidos entre las matas había unos trapos harapientos y sucios que cubrían mal la criaturita que envolvían...

MARÍA ¡Oh... pobrecita de mí!

PAS. Sí... ¡Cómo veo hoy aquella escena, cómo me represento todo aquello! tú, instintivamente, al verme, me tendiste tus brazos, yo te cogí, te acaricié; heladita estabas. En mi chaquetón, caliente con el calor de mi cuerpo te abrigué. Parecía que con tu vocecilla dabas las gracias por mis cuidados; sería quizás que así, entre mis brazos, con mis caricias, eras feliz, estabas contenta, como ahora, ¿no es verdad? como ahora. . (Abrazándola muy tiernamente.)

MARÍA Sí... sí... (Con gran cariño.)

PAS. ¡Qué tristeza dá recordar aquello que fué tan alegre!

MARÍA No...

PAS. ¡Qué contento el mío al entrar en la casa con la criaturilla encontrada al acaso! Es que, sin saberlo, comprendía yo bien todo lo que ella me querría después á mí. Nadie reclamó la niña, abandonada estaba, nada se pudo saber de su origen. Pronto, por tu bondad, de todos te hiciste querer; fuiste una más en la familia, á mi lado te criaste, y lo mismo en los instantes de relativo bienestar que por los trances de miseria que hemos atravesado, con nosotros siempre has vivido, siendo mi alegría, mi cariño y mi vida, y por eso hoy, cuando me encuentro al borde de perder la existencia...

MARÍA No.

PAS. Sí, sí... lo siento, estoy peor... mucho peor de lo que creeis... ¡temo tanto por tí, por tu porvenir! (Con exaltación creciente.) Mientras creia que estaríamos siempre juntos, así, viviendo la misma vida, respirando el mismo aire, podía ocultar, callar; te miraba y veía la diferencia que entre los dos había, tu juventud me imponía respeto, pero hoy ya no... esta separación quizá sea eterna, y es necesario que si he de morir no muera con este peso, no muera sin saber que tú sabes que este desdichado, que cuando muchacho te quería como padre, que luego te amaba como hermano, hoy, que joven aun, está ya viejo, usado por el trabajo, aniquilado por los esfuerzos y las fatigas, te quiere más, mucho más que antes, mucho más que nunca, con la vida, con el alma, con el querer del hombre á la mujer, (Tendiéndola los brazos.) y que porque tú me amaras así, María mía...

MARÍA ¿Pero qué dices?... ¿Pascual, qué es?... ¡Deliras!... (Separandose.)

PAS. No, es que lo hablé todo, el silencio me ahogaba... pero... no te separes, no, ven... aquí, á mis brazos. ¡Siempre conmigo! Si...

MARÍA Siempre; pero Pascual, ¿qué has dicho?

PAS. La verdad, mis sentimientos.

MARÍA No podía imaginar... (Atontada.)

PAS. Calla...

ESCENA X

DICHOS, ANTONIA y ADELA, entrando por la izquierda

ANT. Aquí tienes, hijo... cuanto puedas necesitar; dinero poco hay; pero, en fin, aquí llevas algo en este bolsillo...

ADELA Aguarda, algo traje yo de casa también... (Dándole algunas monedas.) Lo poco que teníamos.)

PAS. ¿Pero, qué? Ya...

ESCENA XI

DICHOS. Van llegando luego sucesivamente GASPAR, CANTERO 1.°, 2.° y 3.°, MUJER 1.ª, 2.ª y 3.ª, RICARDO, MÉDICO. CANTEROS. MUJERES y CHIQUILLOS a la puerta. Gran murmullo fuera, mucho ruído, mucha gente

GAS (Entrando.) ¡Ea! ya están todos embarcados... ¿Hay mucho ánimo?

CAN. 1.° (Entrando.) ¿Hay valor, Pascual, para ir á pie? Si no traemos una camilla.

CAN. 2.° (Entrando.) Sólo á tí se espera. (Canteros, mujeres y chiquillos se agrupan á la puerta.)

MUJ. 1.ª Parece menos mal que los otros.

MUJ. 2.ª ¡Cómo llora la Antonia!

MUJ. 1.ª Su hermana Adela ha venido...

ANT. (A Pascual, que trata de levantarse.) ¿Puedes tú solo? (Gaspar y Cantero 1.° le ponen de pie.)

PAS. Gracias... Vamos. (En pie, animoso.)

CAN. 2.° Don Ricardo... (Se abre paso á Ricardo.)

RIC. (Entrando.) ¿Y aquí qué falta? Pascual, ¿hay fuerza?... A usted no le había visto. Está usted mejor que yo esperaba. Ya he cuidado de preparar su sitio en el tren. (A la madre y á Adela.) No afligirse, es cuestión de poco tiempo... En Madrid todo lo dejé dispuesto.

GAS. En verdad que lo que ha hecho don Ricardo es para bien agradecido.

CAN. 1.º No lo olvidaremos, no, ninguno de nosotros.

CAN. 2.º Aunque vivamos cien años.

RIC. Dejaros ahora de eso y andando.

MÉD. (Entrando.) Vaya... vamos, este solo falta.

PAS. Sí, puedo... (En pié, sostenido por Gaspar y Cantero 1.º) Adiós, Adela; adiós, madre, (Abrazándolas.) hasta pronto ó hasta cuando Dios disponga. Sea lo que El mande. Adiós, María. Adiós... (Aparte a María.) Si vuelvo, hasta la vida; sino, recuerda mis últimas palabras siempre y cállalas. Yo te lo pido.

MARÍA Mi cariño y mi pensamiento te llevas... No te abandonarán nunca... Adiós. .

PAS. Vamos... sostenerme bien... así... puedo... puedo... (Pascual sale animoso, sostenido por Gaspar y Cantero 1.º Detrás el Médico. Luego Adela y Antonia. Los canteros y las mujeres van saliendo también. Quedan los últimos Ricardo y María.)

RIC. Yo no quiero dejar á estos pobres; con ellos me voy hasta Madrid.

MARÍA Sí... no abandones á Pascual... que le cuiden en el viaje... ya ves qué mal va.

RIC. Pierde cuidado, iré con ellos hasta el Hospital. Luego trataré de volverme en el tren de la tarde.

MARÍA Y gracias por lo mucho que has hecho por este infeliz.

RIC. Hice cuanto pude hacer. Adiós, serranita; adiós, vida mía: ¡qué buena eres! ¡Bendita seas!

MARÍA Adiós, Ricardo mío. (Vase Ricardo María se asoma, aumenta el barullo. Un grupo de mujeres cerca de la puerta, por fuera; María en el umbral.)

MUJ. 1.ª Ya van á marchar.

MUJ. 2.ª Si... ya están todos.

MUJ. 1.ª Aun se oye el quejido de Manuel.

MUJ. 2.ª Es el que va peor.

MARÍA ¡Pobre gente!

MUJ. 2.ª ¡Sí... pobres! (Se oyen gritos de dolor, barullo, confusión.)

MARÍA (*Entrando.*) ¡Cuánto dolor... cuánta lágrima! ¡Que no sufran más, que curen! (*Ante la Virgen.*) ¡Virgencita mía, sálvalo... sálvalo por su madre .. por mí! (*Se oye la campana de la estación, el tren arranca, el vocerío aumenta. Se arrodilla y reza.*) ¡Dios te salve María, llena eres de gracia!... (*El vocerío va en aumento, mientras cae el telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA y MARÍA sentadas á la mesa. Luego CANTEROS 1.° y 2.°

MARÍA Tome unas cucharadas más...

ANT. Ya comí bastante.

MARÍA Apenas lo ha catado usted. Y yo que lo hice con tanto cuidado... Y está muy bueno, mire, se separan todos los granos... Así me gusta á mí el arroz.

ANT. Sí que lo has hecho muy bien, pero no quiero más, no tengo hambre ninguna.

MARÍA Hay que violentarse un poco... para vivir hay que comer.

ANT. Para las alegrías que da la vida, poco importa perderla. (Se levanta y va á la ventana; pasan varios canteros, dos de ellos se detienen un momento.)

CAN. 1.° Adiós, señora Antonia.

ANT. ¿Van al trabajo?

CAN. 2.° Allá vamos, sí... ya hemos comido.

ANT. Id con Dios.

CAN. 2.° Con El quede. (Desaparecen.)

ANT. (A María.) ¡Qué hermoso día hace!.. ¡Qué raso y qué templado!

MARÍA (Recogiendo la mesa.) Con este tiempo, se está derritiendo la poca nieve que quedaba en las umbrías. Ya hace falta el agua, los pra-

dos están brotando mal; si en el espacio de pocos días no llueve, verá usted como se seca todo.

ANT. Me parece que es Gaspar uno que va hacia el alto con otros. (Mirando por la ventana.)

MARÍA Llámele, para que lea la carta de Pascual, que no la conoce.

ANT. No mira hacia acá.

MARÍA Voy yo corriendo..

ANT. Sí, ya nos ve.

MARÍA (Sale corriendo por la puerta del fondo.) Aquí viene.

ANT. Como hace cuatro días que no ha bajado de las canteras del Brezal...

MARÍA (Desde fuera.) ¿Pasaba de largo?... (Se supone á Gaspar.)

ESCENA II

ANTONIA, MARÍA y GASPAR.

GAS. (Entrando con María.) Es bien cierto que no; hace un rato que he llegado, no he hecho más que acercarme á casa un instante, y venía acá. ¿Qué hay? ¿Se recibieron noticias?

ANT. Sí, una carta, después que marchó usted.

GAS ¿Y qué dice?

MARÍA Que está mejor, que está casi bien, pero es una carta triste, muy corta, apenas dice nada.

ANT. Voy por ella, para que la lea y así juzgará. (Vase á la habitación inmediata)

MARÍA No es para estar satisfecha, no; demuestra que está más débil que lo que dice, el pobre por tranquilizarnos, da quizás noticias más halagüeñas que verdaderas.

GAS. Veremos..

ANT. (Entrando.) Aquí tiene la carta.

GAS. ¿Conque es fecha?...

MARÍA De há tres días. La recibimos anteayer. Yo la leeré, de memoria casi la conozco.

GAS. Ten.

MARÍA (Leyendo.) «Madrid, 15 de Abril. Querida ma-

dre mía: Varios días os he tenido sin noticias, mas era tan solo por mi deseó de que la vez primera que supiérais de mí, fuera para alegraros; voy sanando á fuerza de las curaciones que en mi pobre cuerpo hacen diaramente; mi triste vida ya puede darse por salvada, pero quizá quede en mal estado, imposible para el trabajo. Dentro de pocos días me darán de alta los médicos y volveré entre vosotras; me alegra tanto pensar en ese instante, que su pensamiento me hace olvidar mis sufrimientos pasados. Me aterra la idea de temer que quizá nos aguardan momentos de miseria, pero los sufriremos juntos y lloraremos unidos, y juntos y unidos, aún, nuestro llanto será consolador. Adiós, pues; vivir en la esperanza de que pronto me vereis, y en tanto, recibid tú y María todo el cariño de vuestro Pascual. Un amigo escribe ésta, pues estoy todavía débil para escribir yo mismo.»

GAS. No dude usted, señora Antonia, cierto y bien cierto, es lo que anuncia; no había de avisar su venida para salir luego con que aún no había curado.

ANT. Si bien comprendo que es para cobrar ánimos

MARÍA Sí, tal creo yo también; la carta revela su estado de ansiedad por volver entre nosotras.

GAS. Entonces, al trabajo de nuevo, pronto subiremos al Brezal y abandonaremos estas canteras que á todos nos fueron tan funestas.

ANT. Si he de ser justa, diré que hasta el terrible percance de mi hijo, mejor nos había ido acá que en parte alguna. Cinco años llevábamos viviendo en ellas; nunca faltó trabajo, y pagar, aunque poco, con puntualidad pagaban. Habitábamos esta casuca; es pequeña y mala, pero siempre tengamos techo en que cobijarnos tan seguro como fué este.

GAS. Es verdad, pero el descuido que en todo ello había fué causa de muchas de las desgracias que ocurrieron.

ESCENA III

ANTONIA, MARÍA, GASPAR y RICARDO

RIC. (Entrando.) Se saluda á la buena gente... María...

MARÍA Ricardo ..

RIC. De tu casa vengo. (A Gaspar.)

GAS. Como quedamos en que vendría usted acá...

RIC. Sí, hombre, hiciste bien; pero por si aún te encontrabas en ella, me pasé por allá.

ANT. Acabamos de leer las noticias de Pascual.

RIC. Qué... ¿hay algo de nuevo?

MARÍA No; lo que ya conoces.

RIC. Entonces todo marcha bien... El día menos pensado aparece por aquí...

ANT. Es posible... ¡Dios lo haga!... pero, si en efecto viniera inútil para el trabajo, ¿qué iba á ser de nosotras?

MARÍA En casa nada tenemos; si no fuera por la bondad de toda esta gente que nos rodea, hubiéramos tenido que prescindir hasta de lo más preciso. ¡Ah... si las mujeres pudiéramos trabajar; pero en nada podemos aquí emplearnos!

RIC. Basta de horizontes tristes... no quiero que nadie se apure... estoy yo muy contento y deseo que todos los que me rodean también lo estén. ¿Quién habla de privaciones y de miserias? Aquí estoy yo para impedir que ninguno de los que vayan conmigo allá arriba se muera de hambre. Aquello será cosa distinta de todo cuanto conocéis. Y además, ¿puedes temer tú, María, que yo abandonara nunca á estos que te criaron y que hicieron de tí la mujer que yo conocí y hoy admiro, adorándola? No.

MARÍA ¡Oh!

ANT. Muy bueno es usted y mucho confío en lo que haga por nosotros. De ella también sé que me quiere como una hija, y que, aunque salga de esta casa á vivir de mejor ma-

nera y rodeada de otras riquezas... porque usted, sí, llegará á lo que quiéra, llegará á poseer cuanto ambicione.

RIC. No tanto.

ANT. Sí... sí.. pero ella no nos olvidará y recordará con cariño esta honrada pobreza en que creció, esta familia de desdichados trabajadores que la quieren tanto.

MARÍA Señora Antonia... ¡olvidarles yo... abandonarles!... (Cambiando.) pero en fin, no.. ¡qué cosas... quién piensa en ello! (Triste.)

RIC. Qué, ¿acaso te entristece?

MARÍA ¡Jesús qué idea!... Mas de las cosas por venir no se habla así con tanta seguridad... En fin .. ¡quién sabe!...

GAS. No frunzas el ceño ni pongas morrito, niña, que eres la criatura de la suerte; abandonada te dejaron... pero te va encontrando buena gente.

MARIA Verdad que sí.

RIC. (Cambiando) Bueno, Gaspar, y del encargo mío que llevaste, ¿que has hecho? ¿Traes buena impresión?

GAS. Mejor que buena; hay allá más piedra y es aún más fácil de sacar de lo que pensábamos. Si se explota bien, en muy poco tiempo fundamos la mejor cantera de cien leguas á la redonda.

ANT. ¿Fuiste al Brezal con alguna comisión de...?

RIC. Sí, allí lo envié á que se enterara de la piedra que hay en las tres arroyadas de la vertiente Norte... Ya presumía yo que todo aquello se podría luego unir con los puntos en los que empezaremos á barrenar... En fin, tengo grandes esperanzas que sean los productos aún mayores que los cálculos que yo presenté al Sindicato... ¡Qué riqueza, qué riqueza tan grande por explotar! ¡Qué placer el poderla arrancar de las garras de esta sierra que la tiene aprisionada y entregársela á los hombres para que la labren, para que la utilicen y decirles: «Ahí la tenéis, la saqué yo mismo de las entrañas de la tierra á fuerza de mi inteligencia y mi trabajo! Servios de ella »

MARÍA Sí que es hermoso trabajar y obtener el fruto del trabajo.

GAS. ¡Ya lo creo!

RIC. Y luego el poder vivir allí, aislado de todos los demás, sin gente desconocida, sólo con los que lleve yo, canteros ya probados, hombres, familias enteras, todos experimentados en estos trabajos, conocedores del terreno, ¡buena gente!... por eso escojo y rechazo tanto: hoy mismo he negado el empleo á tres muchachos que no sé de dónde vienen.

GAS. ¿No se les conoce por acá?

RIC. Son de lejos, segun dijeron. Siempre fué ese mi ideal. Formar un núcleo así, escogido, dirigido por mí, y que, bajo mis consejos y mi mando, alcance cada uno luego sus aspiraciones... Porque si, seguramente, si logramos mi propósito, lo que hoy empieza por una cantera relativamente reducida, llegará mañana á ser un centro de explotación de gran importancia y entonces á los fundadores de aquella riqueza no se les olvidará, y serán los jefes de las brigadas, y llegará cada uno al mando de una división de aquella república del trabajo.

GAS. ¿Y á usted nadie le dirige en el comienzo de las obras?

RIC. Nadie, todos me ayudan. Mis conocimientos son la garantía de la Sociedad que en mí deposita su confianza; vosotros pondreis vuestra fuerza y vuestra práctica, y confío, no, tengo fe absoluta, aseguro el triunfo alcanzado por nuestro esfuerzo. Demostremos, cada uno en la medida de nuestras fuerzas, que no valemos menos que los demás, no; si atravesamos un momento de pobreza y angustia, no debemos resignarnos con la desgracia; pisamos un terreno que encierra manantiales de riqueza; disponemos de todas las cualidades necesarias para explotarla; si por nuestro abandono permitimos que continúe improductiva, nos haremos indignos de su posesión, otros más labo-

riosos vendrán á arrebatárnosla, y entonces sí, que verdaderamente pobres y miserables por nuestra propia culpa, mereceremos el desprecio de Dios y de los hombres. (Cambiando.) Pero no, no se llegará á ese triste término; reaccionaremos á tiempo, lo presiento con claridad; cada uno en su esfera cumplirá su destino y volveremos á ser lo que debimos ser siempre. Enfin, vosotros no podeis comprender esto. ¡Ah! Si como yo hubieseis vivido entre otras gentes de lejanas tierras, que sólo por aportar cada una el grano de arena á la obra total, gozan de un bienestar aquí desconocido, sentiríais, como yo siento, la necesidad de la mejora... (Cambiando.) Pero... son todas estas muchas filosofias para hablarlas así tan llanamente; más vale dejarlo para cuando hagamos práctica de estas ideas.

GAS. ¡Y que sea pronto!

RIC. En cuanto terminemos de organizar la dirección, empezaremos á trabajar. Ahora mismo voy á la estación á enterarme de si mañana temprano sale algún tren que pueda alcanzar el correo.

GAS. Creo que sí, que saldrá uno antes del tren diario de la piedra.

RIC. Pues en él me iré á tratar con el director algunos puntos que quiero que él decida, y ver si consigo que dentro de pocos días nos instalemos ya en las alturas.

MARIA ¿Cuánto estarás en Madrid?

RIC. Dos ó tres días lo más. En seguida vuelvo aquí á disponer la gente, y dentro de una semana al Brezal, al trabajo.

GAS. Deseando estoy ya verme allá.

RIC. Vuelvo al momento, en cuanto me entere en la estación.

GAS. Iré yo.

RIC. No, deja... Para lo lejos que está.. ¡Ah! (A Antonia.) Y su hija, ¿cómo se llama?

ANT. Adela.

RIC. Adela y su marido supongo que estarán ya avisados, porque es de los que quiero que

lleguen primero, pues él es, según parece, un cantero de los buenos.

GAS. De lo mejor. Ya verá.

RIC. Hasta ahora.

ANT. Y gracias por tanto bien.

ESCENA IV

MARIA, ANTONIA y GASPAR

ANT. Para Adela y su marido es una gran ventaja el poder cambiar de vivienda. Donde están no es posible la vida; aquello no son casas: el agua y el frío entran por todas partes. En el invierno es imposible habitar aquellas chozas.

GAS. Aquí también son bien malas

MARIA Vamos, nosotros no podemos quejarnos.

GAS. Como que esta es una de las mejores.

ANT. Sí.

GAS. Pero ya verán: en el Brezal están terminando unas viviendas que da gloria verlas; todas tan iguales, tan sólidamente edificadas. Pequeñas sí son, pero muy seguras.

MARIA El otro día, aunque de muy lejos, algo vi yo, que comprendí eran las edificaciones.

ANT. ¿Desde dónde?

MARIA Desde la segunda arroyada.

GAS. Sí, desde allá ya se ve el comienzo de la cantera. Esta compañía explotadora tiene dinero, porque ha hecho todo ello sin escaseces.

MARIA Así parece.

GAS. Dos arquitectos llevan ya trabajando, y de firme, en esas obras.

ANT. ¿Don Ricardo, no interviene en eso?

GAS. No, él dirigirá sólo la explotación. Y es seguro que lo hará como nunca se ha visto por aquí Tiene un conocimiento grandísimo de estas cosas. Nos creemos que vale mucho, pero vale más, mucho más aun de lo que creemos. Me parece, hija, que si tú te pierdes de nuevo, te encuentra no sé

quién, pero alguien que mucho valga. Vaya, adiós; si no puedo luego, mañana me pasaré por acá á ver si hay alguna otra carta... y esté usted tranquila, que las noticias son para estarlo. Adiós

ANT. Con El vaya y le pague sus buenas intenciones. ¿Va usted á las casetas?

GAS No, allá iré más tarde, ahora me llegaré solo á los barrenos

ANT. Pues saldremos juntos, que yo voy un momento al casetón.

GAS. Me coge de camino.

ANT. Guardaré la carta. (Entra en la habitación de la izquierda.)

GAS. (A la ventana.) Los picos se van cubriendo, y esa es señal de agua. ¡Buena falta hace!

MARÍA Ya lo creo

ANT. (Saliendo.) Vuelvo pronto. ¿Tú vas á salir?

MARÍA No, aquí la espero.

ANT. Bueno.

GAS. Adiós. (A María. Vanse Antonia y Gaspar, éste se detiene al pasar por detrás de la ventana.) Aquí vuelve Ricardo. Hasta luego. (María va á la ventana.)

ESCENA V

MARÍA y RICARDO

RIC. (Entrando.) En efecto, á las cinco de la mañana saldrá la máquina con un vagón. Iré en él.

MARÍA Ya suponía que no habías de marchar sin despedirte de mí.

RIC. ¿Pudiste dudarlo?

MARÍA No. (Con tristeza.)

RIC. ¿Pero qué te ocurre... estás triste? (1) *Antes eras mas expresiva conmigo... parecías tener más confianza; no seas reservada y cuenta á tu Ricardo tus penitas, todo lo que de triste ó alegre te suceda, vida mía.

(1) La parte del diálogo entre asteriscos puede suprimirse en la representación, para no prolongar la escena.

MARÍA — Nada me pasa, ni estoy triste, son preocupaciones tuyas no más.

RIC. — Antes, hasta hace pocos días, cuando nadie conocía nuestro amor, parecías tú sentirlo más, eras más cariñosa conmigo, más amante; luego que publiqué que te haría mía, que pronto serías mi mujer, cambiaste; en cuanto te hablo de proyectos cuya idea debiera sonreirte, te apenas; en cuanto alguien te habla de nuestro amor, esquivas la conversación... No... vamos... no te quiero ver así. Momento de alegría es este para todos... para mí de inmensa dicha... no vayas tú, lo que más, lo único que verdaderamente quicro en en el mundo, á turbar tanta felicidad.

MARÍA — No, Ricardo mío, nunca, me horroriza la idea de que yo pudiera ocasionarte la menor desdicha; te quiero más, muchísimo más de cuanto tú puedes pensar... pero tengo, bien lo sabes, la preocupación de esta pobre gente... Pascual, ya ves..

RIC. — El mal es menor de lo que todos temimos en el primer momento, su vida se ha salvado, bien lo sabemos, pues él mismo lo dice. ¿Qué temor puede haber? ¿que quede en mal estado para el trabajo? Pues bien sabes que de todos modos yo podré encontrarle una colocación en la explotación nueva; ¿que quede inútil? aun cuando así sea, no olvidaré nunca los sacrificios que por tí hizo, y mientras yo aliente, su sustento está seguro. Desecha todo temor, ten confianza absoluta en mí.*

MARÍA — Me preocupa esta pobre gente. Pascual... ya ves...

RIC. — Mañana mismo iré á verle, é inmediatamente te comunicaré noticias exactas y detalladas de su estado. Hablaré con los médicos del Hospital.

MARÍA — ¡Oh, sí, Dios te lo premiará! ¡Cuanto sabemos de él, es tan poco terminante! En Madrid no conocemos á nadie que pudiera consolarle, darle ánimos.

RIC. Pues bien, yo lo haré mañana, como te prometo.

MARÍA ¡Qué bueno eres, Ricardo mío!

RIC. No sé si lo soy, quisiera serlo.

MARÍA Pero eres injusto al juzgarme algunas veces. Me ves pesarosa y crees que es disgusto... no pienses nunca eso ..

RIC. Es que un gesto tuyo, una sonrisa, es para mí...

MARÍA Sí, lo sé.

RIC. No puedes figurarte lo que tú representas para este abandonado. Cuando á través de toda una existencia, aunque sea joven, no se ha encontrado nunca nadie que consuele en los desfallecimientos, que comparta el contento, que sienta con uno, ¡es tan grato dar al fin con ese otro sér anhelado, que el temor de perderlo desvanece á veces la dicha de su posesión!

MARÍA Pues no temas que yo pueda nunca dejar de quererte.

RIC. Para llegar á este punto de mi vida, ¡cuánto trabajo he necesitado emplear, qué de fatigas, de momentos de desesperación loca, resignados los unos, furiosos otros... siempre solo! Por eso, Dios, para compensar tanto dolor, hizo que se encontraran estos dos semejantes en el olvido... estos pobrecitos abandonados.

MARÍA Es verdad.

RIC. Como tú despreciado por los seres que me dieron la existencia... arrojada la criatura en medio del oleaje de la vida, había que resignarse á padecer ó luchar contra todo y contra todos para defender este aislado ser; tuve momentos de desfallecimiento físico, pero la fuerza me volvía de nuevo con vigor; el entusiasmo y la fe nunca me faltaron, y gracias á ella ó á quien me la inspirase, luché siempre, y por eso hoy, al ver quizá mi victoria cercana, al encontrarme hecho hombre, ante un presente asegurado que sea base de nuevas empresas, comienzo de la realización de mis nobles aspi-

raciones, ofrezco todo ese porvenir sonriente á un ser que, como yo, abandonado un día, llegó por su propio esfuerzo á ser una mujer honrada, cuando todo la precipitaba á su perdición, pues no tenía freno ni ejemplo que la contuviesen en el camino de la virtud, que sus padres olvidaron. Sí, hermana mía en el abandono, nos quisieron matar, no lo consiguieron; nos quisieron perder, no lo lograron; nos hemos salvado, vida mía, y hoy los dos, así, juntos, en nuestra propia dicha, decimos á todos: aquí nos tenéis, hemos vencido, nos hemos encontrado, nos amamos, no hay recompensa igual ni dicha semejante á la nuestra. (Se abrazan tiernamente.)

MARIA Es verdad, sí, amémonos mucho; olvidemos todo, excepto nuestro amor.

RIC. ¡Todo, sí! pues que nada á nadie debemos; ¡amor, amor tan sólo! tú eres el único dueño de estos hijos de sí mismos. (Con calor.)

MARIA ¡Cómo te quiero, Ricardo mío! ¡Qué inteligencia tienes, qué noble eres!... No te merezco. (Con pasión.)

RIC. ¡Oh, no digas eso! Mereces tú cuanto se pueda merecer.

MARIA Yo, al fin, fuí recogida por buena gente, que me enseñó á vivir bien, que, con su ejemplo, á la honradez y al trabajo me acostumbraron; tú...

RIC. Yo, no; recogido fuí por miserables que creían sin duda podría serles útil; me obligaron primero á mendigar, á robar después trataron de enseñarme, pero mi naturaleza no se doblegaba á tanta maldad, protestó, y, niño aún, huí de aquella gentuza; crecí luego entre todo género de padecimientos y privaciones; en aquellos momentos de angustia se formó mi espíritu y surgieron en él elementos de defensa contra nuevas contrariedades. Tuve ansia de aprender, y aprendí; conseguí ir á tierras lejanas, donde de nuevo luché por la existencia, y por último volví con una esperanza grande en bienes desconocidos... y hoy, al

sentir que me rodean, al verme siendo algo con probabilidades de llegar á más, de mejorar mi suerte; al haberte encontrado, al sentir tu cariño aquí junto al mío, lejos de maldecir de lo sufrido, alabo al que es capaz de conceder tanta felicidad y perdono á los que tanto mal me hicieron y bendigo de Dios y de la vida.

MARIA — Yo también, al amar, al sentirme querida, me parece que el mal no existe, que nadie es capaz de hacer daño, y todo lo perdono, y sólo para amar vivo.

RIC. — Así te quiero, sí; así te conocí y así me enloqueciste, serranita mía. (Exaltado.) Yo, que traté con tanta gente, que conocí á tanta mujer de distintas clases, de diversas razas; que viví en poblaciones inmensamente populosas, entre millonarios que viven á costa de miserables y miserables que viven pensando en usurpar lo ajeno y en derribar lo grande, entre hipocresía é injusticia más ó menos disfrazada, entre vencidos y vencedores, entre víctimas y verdugos, entre ambiciosos y locos, todos dominados por el más osado y obedeciendo tan sólo al imperio de la fuerza; yo, al encontrarme fuera de todo ello, apto y útil, sano de cuerpo y de alma, aquí, en esta tierra, única madre para mí conocida, en la que nací, y que un día alimentó mi sangre; al encontrarme contigo, complemento de mi vida, alma de mi alma, puedo decir: ¡Bendito sea quien me dió fuerzas para atravesar tanta maldad sin caer en ella y sin mancharme de su mancha y para llegar al trabajo honrado y al amor verdadero! ¡Bendito sea el amor, bendito sea el trabajo!

MARIA — Sí, Ricardo mío, y bendito seas tú. (Quedan abrazados. Se siente el ruido de un tren; se oye una campana.)

RIC. — ¿El tren?

MARIA — (Escuchando.) Sí

RIC. — En efecto: son las cuatro.

MARIA — ¿Qué? ¿Tienes que marchar?

RIC. Ya debía estar en la Administración. Tenemos junta y habrán ido los ingenieros.

MARÍA Pues ve... no te detengas.

RIC. Sí, trataré de volver un momento al anochecer.

MARÍA De todos modos, mañana ya estaré levantada para las cinco, cuando marches.

RIC. Bueno, hasta luego, pues, mi vida.

MARÍA Adiós, mi Ricardo

RIC. Adiós, amor mío. (Vase —Se oye el ruido del tren que llega María, cuando el tren ha llegado, entra y cierra la puerta.)

ESCENA VI

MARÍA sola

No debo dudar; mi preocupación tan sólo nace de un temor absurdo... Le quiero muchísimo, estoy segura que él me quiere también... Seremos muy felices.. Ante nadie debo ocultar esta pasión... que todos comprendan mi felicidad. (Transición) Pero la idea, tremendamente triste, no se aparta de mí... ¿Qué quiso decir?... ¿qué era aquello?... Imposible; si nunca me había hablado así... No, la fiebre, sin duda, le hizo delirar, debo creer eso... lo creo. (Pausa.) ¿Y si no es cierto, y si en efecto al que todo lo debo, incluso la vida, á mi Pascual, le pago con terrible deslealtad sus cariños, sus cuidados, su amor?... Deslealtad no; yo á nada estoy obligada, soy libre, y además, mía no es la culpa.. (Llorando) pero sería el desagradecimiento. Con toda el alma quiero á Ricardo, pero pronta estoy á sacrificar todo por mi salvador:. Para mí trabajaba cuando fué víctima del desgraciado accidente: pues bien, yo no puedo, no debo, mientras él sufre solo, compartir mi cariño con otro. . y al mismo tiempo... ¡Oh!... Despreciar á... ¡qué desesperación. . qué angustia! Y á nadie puedo pedir consejo, pues que le prometí no hablar

de ello... ¡Oh! ¡Virgen mía, guiame en este trance tan terrible... no me desampares!... (Llaman á la puerta.)

ESCENA VII

MARÍA y EUGENIO

MARÍA ¿Quién?... Adentro...
EUG. (Abriendo y entrando.) Buenos días nos dé Dios.
MARÍA ¿Eugenio... aquí?... ¡Oh, pobre!... ¿Y el brazo, curó?
EUG. Sí; despues de largos sufrimientos; pero, en fin quedo bien... en reponiéndome unos cuantos días... como antes otra vez.
MARÍA Y Pascual, ¿sabes de él, le has visto? (Con angustia.)
EUG. Sí, de salud bien está... pronto volverá, pero ..
MARÍA ¿Qué?
EUG. ¿Su madre, la señora Antonia...? (Mirando á todas partes con recelo.)
MARÍA Ha salido; pero, ¿qué ocurre?
EUG. Pues juntos vinimos.
MARÍA ¿Está aquí?
EUG. Yo me adelanté para prevenir que...
MARÍA (Hacia la puerta.) ¿Dónde... dónde está?
EUG. Ahí quedó. (Señalando fuera.)
MARÍA ¡Pascual! (Saliendo.)
PAS. (Desde fuera.) ¡María!
EUG. ¡Desdichados!... ¡Vaya un encuentro triste!

ESCENA VIII

MARÍA, EUGENIO y PASCUAL

MARÍA (Entra, María y Pascual abrazados.) Ven, ven aquí conmigo... ¡qué alegría... qué contento!... (Sumamente exaltada y cariñosa.)
PAS. ¡Oh, sí!
MARÍA (Se separa de él para traer una silla.) Toma, siéntate, estarás fatigado.

PAS. No, no te separes de mí... no te encuentro. (Buscando con las manos.)
MARÍA Qué... ¿no ves bien?
PAS. No, nada; ¡la eterna obscuridad!
MARÍA ¡Oh... Pascual!
PAS. ¡Sí, María... ciego... ciego sin remedio!
MARÍA ¡Desdichado mío! (Se abrazan locamente.)
EUG. (Tras una pausa.) ¡Pobres! Adiós; ahora yo á abrazar á los míos, que ansia de ello tengo. (Vase.)

ESCENA IX

MARÍA y PASCUAL

PAS. (Tras una larga pausa) Así... juntos...
MARÍA (Se sienta.) Aquí, descansa... ¿Sufres además?
PAS. No, de todo lo demás curé; sano estoy de nuevo; pero, ¿para qué la salud, pues que de nada sirvo?
MARÍA No digas eso. Por el ansia de verte de nuevo tu madre y yo hemos pasado días bien amargos desde tu marcha.
PAS. Y mi madre, ¿dónde está?... Que la llamen, que yo la abrace ..
MARÍA Salió, vendrá en seguida...
PAS. ¿Quién hay aquí? ¿Estamos solos?
MARÍA Sí, solos estamos...
PAS. ¡Oh!... (Llora y abraza con desesperación á María.) Cuánto deseé que llegara este momento; encontrarme entre vosotras, gozar este instante de dicha, entre un pasado de trabajos y un venidero de miserias.
MARÍA No...
PAS. Es lo único que mi vista perdida me permite ver .. ¿quién aportará el sustento á esta casa? Pero no enturbiemos este momento feliz, el último feliz de mi vida... ¿Habeis pensado mucho en mí, no es cierto?
MARÍA En tí pensábamos en todos los instantes.
PAS. ¡Oh!... ¡Qué buenas sois!... Qué consuelo teneros cerca, así, á mi lado. . y tú conmigo,

¿no es verdad? Siempre junto á mí... no te separarás nunca...

MARÍA ¡Oh, no! Nunca consentiré que de mi te separes.

PAS. En los momentos más horribles de mi curación, tu imágen se me representaba y tan sólo deseaba la vida para volver á verte... Cuando fué imposible salvar mi vista, estuve á punto de morir pensando que no te vería más; pero sí, te recuerdo tan bién, que te veo aquí, y tu imágen acaricio, consuelo mío; mientras te tenga así, en mis brazos, es éste desdichado el más feliz de los mortales.

MARÍA Pues sí, aquí estoy... la misma siempre, tu María.

PAS. ¿Recuerdas lo que aquí mismo te dije, en aquel día que me encontraba entre la vida y la muerte? ¡Cuánto he pensado en ello, con qué cariño lo recordaba en los instantes de mayor dolor!

MARÍA Sí, recuerdo... (Vagamente.)

ESCENA X

MARÍA, PASCUAL, ANTONIA. Sucesivamente luego CANTEROS, MUJERES, UNA NIÑA, CHIQUILLOS, GASPAR y RICARDO.

ANT. (Desde fuera) ¡Hijo!... (Entrando.) ¡Hijo mío!

PAS. ¡Ay!

ANT. ¿Es cierto?... ¿Ciego?

PAS. Sí, madre.

ANT. ¡Pobrecito mío! Pero sea como sea, estás aquí, vida de mi vida; gracias, Dios mío, que me lo has vuelto, cuando creí perderlo. (Con alegría y exaltación locas.)

MARÍA Sí, con gran fervor le pedimos que volviera.

ANT. ¡Eres tú .. el hijo de mi sangre, no me engaño, no, estoy loca de tenerte entre mí, de besarte... sí.. sí... sin tí no vivía, no vivía! (Se abrazan y besan con locura.)

PAS. Ni yo sin vosotras, aquello no era vida, esto sí. (A la puerta varios canteros y mujeres entre compasivos y curiosos.)

María — Serénate.

Pas. — (Oye a los que entran.) ¿Quién anda ahí, siento ruido, quiénes son?

Can. 1.º — (Adelantándose.) Somos nosotros, Pascual, hemos sabido que has llegado, y aquí venimos á abrazarte.

Can. 2.º — Sí, y sólo sentimos que...

Pas. — ¡Ah! Sois vosotros, mis compañeros, sí; venid, venid aquí, os reconozco, ya veis qué desdichado soy... A esto estais expuestos todos, ¡pobres trabajadores!

Can. 2.º — Es verdad, ¡buen premio al trabajo!

Muj. 1.ª — Señora Antonia, cálmese...

Muj. 2.ª — Desdichas son que el Señor envía, y contra ellas nada podemos.

Muj. 1.ª — (A María.) Por Eugenio, todos supimos como llegaba Pascual.

Niña — (A su madre.) ¿Qué le pasa?

Muj. 2.ª — Que no ve... quedó ciego el pobre.

Niña — Pobretico, si...

Gas — (Entrando.) ¡Pascual!.. ¿Qué es eso?... ¡Animo!

Pas. — (Abrazándole.) ¡Oh, buen amigo!...

Gas. — Pero qué, ¿no habrá contra ello algún remedio? Sí, seguramente.

Pas. — ¡Ninguno, Gaspar, ninguno!... Soy ciego y sin remedio.

Ant. — ¡Pobres de nosotras!

Pas. — Sí; ya veis qué situación. Ahora rechazado de todas partes como inútil, ¿qué nos queda? Arrastrar una existencia miserable, mendigar por los caminos y de puerta en puerta, hasta que nuestra vida se rinda al fin á los padecimientos del hambre y el dolor.

Gas. — No será tal. Mucho es lo que sufrimos, pero también se alcanzan las recompensas á las buenas obras. Mucho bien has hecho en tu vida, Pascual, para que la persona que lo ha recibido pueda olvidarlo. La criaturilla recogida por ti, que con vosotros compartió el pan, y nunca, ni en los momentos de mayor angustia, por vosotros fué olvidada, hoy, al encontrarse pudiente, no olvidará nada de ello, y compartirá á su vez con el pobre trabajador inútil.

MARIA No, calla, no hables.

GAS. Dentro de pocos días se empezarán á explotar las canteras del Brezal; allí encontraremos trabajo todos los canteros de acá, y no quedarás olvidado, yo te lo aseguro.

ANT. Sí. Don Ricardo me lo prometió; no te abandonará; tendremos el sustento y la vida seguros. ¿Y cómo no, con lo noble y generoso que él es, y además, siendo, como será pronto, si Dios quiere, el marido de nuestra María?

PAS. (Con furia.) ¿Cómo? ¿Qué he oído? ¿Eres tú quien habla, madre? Pero, ¿qué dices?... ¿Qué escucho?... María, ¿tú qué contestas? ¿Qué es esto?

ANT. Pero, hijo, ¿no te alegras, como todos?

PAS. (Reponiéndose) No; sí, me alegro, sí, como vosotros; pero... no sé... es que...

RIC. ¿Está aquí? (Desde dentro.)

MUJ. 3.ª Sí, pase usted don Ricardo.

RIC. (Entrando.) ¡Oh!... ¡Pascual!

PAS. No se acerque, no... ¿Quién es?... ¿Es él? ..

RIC. Soy yo, sí, Ricardo... Le he querido siempre bien; aquí estoy, condoliéndome de su desgracia, dispuesto á auxiliarle. Le respeto como lo más respetable de cuanto existe, como la víctima del trabajo; aquí tiene mis brazos, échese en ellos, que ellos le sostendrán.

ANT. Abrázale... Es nuestro auxilio.

PAS. (Cae en la silla.) No puedo sufrir más. (Aparte.) ¡Mátame, Dios mío!... ¡Acábame! (Cae desvanecido.)

ANT. ¡Hijo! (Todos se acercan á él y le auxilian.)

PAS. (Volviendo en sí.) No, ya pasó. La fatiga.., el viaje... (Aparte.) ¡Esto más!

MARIA ¡Jesús, ten piedad de él y de mí! (Aparte.)

PAS. (Con exaltación.) Deliro... no... (Palpándose.) Mas, ¿qué es esto? Quizá sueño... No, os oigo á todos, reconozco vuestras voces.... Yo, que venía ansioso de oiros, y al encontrarme en vuestra presencia me matais... O estuve loco, y soñé en mi locura algo muy hermoso, ó ahora sueño una horrible pesadilla que

me mata... No me desperteis, no me volvais la razón, callaos, callaos, ¡dejadme dormir, dejadme soñar...

ANT. ¡Hijo!... ¿Qué dices?

RIC. ¡Pobre hombre!

PAS. No, callaos todos... ¡Silencio!... No me tengais compasión... no la necesito... Huyo de aquí... no quiero escucharos... Dejadme... dejadme salir... Sí, donde no os oiga... donde no os sienta .. ¡Fuera!... ¡Paso!... ¡Paso!... (Tratando de huir.)

MARIA (Echándose en sus brazos.) ¡Detente!... Aquí me tienes.

PAS. ¡Oh! ¿Eres tú... la que me engaña?... ¿Vienes á que te perdone?

MARIA No necesito tu perdón, no he faltado... Me ofendes pensando mal de mí... Pero á ti me debo. . y aquí me tienes.

PAS. ¿Qué dices?

RIC. ¡Imposible! ¿Qué es esto?

MARIA Lo imposible es todo lo demás: que yo pueda querer á otro hombre, que yo le abandone. No, me necesitas hoy más que nunca. Dispón de mí.

RIC. No, no... ¡María!

MARIA (A todos.) Sí... este es mi sitio... Comprendedlo bien. Todo lo demás es imposible.

PAS. ¡Oh!... ¡Sí... sí! ¡Bendición! (Abrazándola exaltado. Expectación en todos. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos primero y segundo.

ESCENA PRIMERA

MARÍA y PASCUAL sentados uno cerca de otro. Es de noche; un velón ilumina la estancia.

PAS. Asómate á ver si llueve.

MARÍA (Asomándose.) ¡Cómo ha refrescado! Aun caen algunas gotas, la lluvia pasará pronto, la nube se aleja...

PAS. ¿Y mi madre?... ¿sigue aun dentro?

MARÍA Sí... se está preparando para salir.

PAS. ¡Qué diez días más terribles he sufrido aquí encerrado! No, marcharé, huiré ahora mismo de este lugar funesto, iré á mendigar, á morir quizás por esos caminos, entre esas rocas, en el corazón de esta sierra, tan conocida para mí.

MARÍA Empeño absurdo es el tuyo, Pascual, en huir de estos que tanto te quieren, de tu pobre madre, de tu hermana Adela, ahora que todos podíamos vivir juntos, tranquilos...

PAS. Calla... calla, ¿qué tranquilidad había yo de tener entre esta gente que me quiere, sí, pero que me mata?

MARÍA Pues que no hay remedio contra tu tenacidad, marcha, es decir, marchemos los dos, pues yo, bien sabes que sea cual sea tu suerte, nunca jamás te abandonaré.

PAS. No, nunca, mi tesoro siempre conmigo; y estos miserables me burlan, y hay hasta quien se ha atrevido á mofarse de mi amor; por eso, ¡ay! me veo forzado á escapar de su presencia; si fuera fuerte, los mataría; soy débil, soy ciego, no los puedo y los huyo. Mañana, al despertar el día, todos subirán al Brezal, irán contentos en busca de vida mejor... ¡Dios se la dé! Pero, ¿y mi madre, y mi hermana, cómo han podido creer que yo iría con ellos y á tí te llevara á que todos fuéramos mandados por el que te quiso arrancar de mí?... ¡No... no, díme, díme de nuevo que no le quieres, que no le quisiste jamás, que le odias!

MARÍA Odiarle, no; tal no te he dicho; yo me debo á tí en absoluto: cuando ganabas el pan lo partías conmigo: hoy, pediré yo para sustentarte... Pero sin odiar nunca á nadie... y rogándote á tí que tampoco odies.

PAS. Es verdad, sí... perdon.. me vuelves la razón en los momentos de duda

MARÍA Tu enfermedad y tu desgracia perturban á veces tu pensar.

PAS. Pero tu voz de nuevo lo encauza, y al bien me inclina, y él me da energía para mi vida mísera.

MARÍA Pues que escuchas mis ruegos, abandona tu idea y sigue mañana á tu madre.

PAS. Eso, no... nos quitan esta vivienda, no puedo ganar, y pues que me obligan á elegir entre la miseria absoluta ó vivir en el Brezal de limosna y con desprecio...

MARÍA No...

PAS. Con desprecio, sí, al que pide se le desprecia siempre. Pues bien, antes que ser despreciado prefiero morir entre esas piedras de mi sierra... No quiero vida más que para llegar á aquel sitio tan querido para mí... ya sabes... (Exaltado.)

MARÍA Sí...

PAS. Al borde de aquella arroyada en que te encontré hace veinte años; entre aquellos matojos... ¡qué placer debe de ser el reclinarse

allí, el palpar con mis manos aquellas piedras, el reconstruir con mi imaginación aquel lugar en que mi vista se recreaba!... ¡Vamos, sí, ven conmigo! ¡Vamos allá... en seguida! (Trata de marcharse.)

MARÍA ¿Pero qué quieres hacer, dónde vas á ir? es noche cerrada ya... noche obscura..

PAS. ¡Oh!... ¡y qué importa!... ¡para mí es noche siempre!... (Vuelve á sentarse muy agitado.)

ESCENA II

MARÍA, ANTONIA y PASCUAL

ANT. Voy un momento á convenir con Adela la marcha de mañana. Saldremos muy temprano, iremos todos juntos, ella tiene preparado algo de comer, lo tomaremos á mitad de camino, y aun yendo despacio, llegaremos antes de la puesta del sol y entraremos en posesión de nuestra nueva vivienda. Mal se han portado aquí con nosotros, pues después de lo mucho que trabajaste en estas canteras, cuando quedas inútil, te quitan estos muros, tú único abrigo.

PAS. Sí, se portan conmigo inhumanamente.

ANT. Pero otros más caritativos no te abandonan.. Hijo, ¿comprendes que fuiste injusto con todos nosotros en aquel momento? Todos queremos tan solo tu bien.

PAS. ¡Madre!...

ANT. ¿Qué, hijo mío? Tranquilízate, tu desdicha te hizo ser injusto; hay que juzgar con más calma, comprender mejor la verdad, ¿no es así?... Vaya, acuéstate, descansa para estar dispuesto mañana. Pronto vuelvo. (Marchando hacia la puerta.)

PAS. No, ven, abrázame antes .. -

ANT. Sí, mi alma, una y mil veces. (Besándole.)

PAS. Así... ¡Qué dulces son tus besos, madre! (Se besan.) Adiós... adiós.

ANT. Pero, ¿qué tienes Pascual? estás nervioso, tu mano tiembla...

PAS. No, es que cuanto más tiempo pasa, más lloro mi desgracia.

ANT. ¡Pobre! (Aparte.) Vaya, no quiero que se haga más tarde. (Asomándose.) Empieza á despejarse, ya se ven algunas estrellas, se prepara una hermosa noche. (A María.) Está muy excitado, que descanse. Adiós. (Vase.)

ESCENA III

MARÍA y PASCUAL

PAS. ¿Marchó?

MARÍA Sí.

PAS. Este es el momento...

MARÍA ¡No, detente, qué vas á hacer! .. Sólo piensa en tí la pobre vieja, tu huída sería su muerte.

PAS. ¡Oh... mi madre... no la mientes, de pensar en ella me flaquean las fuerzas, se agotan mis energías!... ¡Abandonarla!...

MARÍA ¿Por qué no hablas con ella, la dices tu propósito?...

PAS. No, á sus ruegos no resistiría; no digas tú tampoco nada, sabes .. ¡qué dolor!. . ¡qué angustia!...

MARIA Entonces, por mí, quédate, olvida tus preocupaciones.

PAS. ¡Imposible! ¿Me abandonas también en el último momento? Entonces apártate de mí; yo sólo huiré de todos vosotros... recobro mi fuerza y mi decisión; estaba decidido á aprovechar este instante; cuando vuelva mi madre no me encontrará, no; mañana podréis ir todos contentos sin mí; pero yo me liberto ahora mismo. (Tratando de huir.)

MARIA ¡Mi última súplica... (Con angustia.) por Dios, desecha tu idea!

PAS. ¡Quédate tú; si no te necesito, si eres mi muerte; siempre he tenido la preocupación de que me engañaste; quédate, quédate con él, pero que yo no os oiga, que no os sienta;

ahora mismo, mi manta, el garrote y en marcha para siempre!...

MARIA (Con arranque.) Sea, vamos; no he podido hacer más por detenerte; ahora, que el Señor nos guíe y nos ampare. Yo siempre seré contigo... (Van hacia la puerta de la izquierda.)

PAS. Dame la mano, guíame, pero pronto, pronto, antes de que vuelva mi madre; si la hallo de nuevo, no sé lo que será de mí. (Llaman á la puerta.) Qué... ¿llaman?

MARIA Sí..

PAS. ¿Quién podrá ser?

RIC. María... (Con voz tranquila.)

MARIA Es Ricardo. (Aterrada.)

PAS. ¿Es él?...

RIC. Ábreme..

MARIA ¿Qué hacer?

PAS. ¿Pero se atreve... viene por ti?... Ábrele, sí; aquí le espero, que vea que no le temo.

MARIA ¿Qué vas á hacer?... No sabemos á qué puede venir. Si tienes confianza en mí, déjale entrar; pero ocúltate; escúchale, y por lo que diga tú mismo comprenderás qué injusto eres cuando nos acusas. En tu cuarto estarás; cuando te parezca, sales; pero no obres sin razón. ¿Cuento con ello?

PAS. No se..

MARIA Te lo suplico, sí. Así comprenderás ..

PAS. Sí; pero si comprendo que me engañaste, matarle no podré, porque, ¡ay!, no puedo; pero ahí yo mismo me daré la muerte, y tu remordimiento será mi venganza. (Llaman de nuevo.)

MARIA Entra confiado. Al salir no volverás á dudar de mí. (Entra él en la habitación de la izquierda después de un momento de vacilación, y ella abre la puerta del fondo.)

ESCENA IV

MARIA y RICARDO

RIC. (Entra tranquilo, cierra la puerta y llega al centro de la escena.) ¿No me esperabas?

MARIA No.

RIC. No me extraña.

MARIA ¿Qué buscas?

RIC. No me temas. ¿Te asusta la idea de que vengo en son de venganza? Pues bien, no; me creo bastante fuerte y soy bastante vencedor para no desear la lucha. Me despreciaste aquí mismo hace unos días; me humillaste delante de todos, olvidando tus promesas de amor; te echaste en brazos de otro hombre, jurando que no le abandonarías jamás. Ese hombre era un ciego, un enfermo; retarle hubiera sido cruel; vengarme en ti... ¡oh!, no tuve nunca tal idea.. Prefiero responderos con grandeza, ahogaros en noble generosidad.

MARIA ¿Qué dices?

RIC. Tu situación, la mía, la de él, viviendo allá arriba, muy próximos, sería difícil para todos y violenta; y yo, comprendiendo esto, he decidido que no vayais ninguno al Brezal. Sé que os echan de esta casa; la nueva compañía la ha comprado por mi consejo; al lado construiremos otra más grande, que será apeadero que nos sirva, próximo al ferrocarril; en esta vivireis independientes y guardareis lo que para nosotros desembarquen en la estación. Adela y su marido vivirán con vosotros y tendrán buena paga. (Pausa.) ¿Qué, no te contenta la idea? ¿Quereis más? Pide. Pronto estoy á hacer cuantos beneficios pueda en vuestro bien.

MARIA No, Ricardo; eres demasiado bueno.

RIC. No creías que volvería en esta actitud, estoy bien seguro de ello. . Temías mi cólera, mi orgullo. . No, no lo temas; soy muy dueño de mí en los momentos amargos... Y en cuanto á celos... ridículo sería que los tuviera. Has terminado con mis ilusiones, deshiciste mi esperanza... sí... pero nada conseguiría con una venganza brutal; al contrario, dominado el primer momento, ¡que ese sí, fué terrible! no me queda más que el dolor, tremendo, pero tranquilo, sereno... ¡Son tantos los que sufrí ya!

MARIA Hacerte sufrir no fué nunca mi deseo. Perdóname.

RIC. ¿Perdonarte?... ¿De qué, desgraciada?... ¿Supiste acaso lo que hiciste?.. No. Tu situación también merece lástima. Tu fama entre esta gente de la piedra quizá la has perdido.

MARIA ¿Yo? ¿Por qué?

RIC. Porque muchos, dispuestos al mal pensar, han supuesto desdichadamente la clase de relaciones que tuviste con ese hombre, con quien vivías.

MARIA ¿Es posible?.. ¿Qué dices? (Con indignación.)

RIC. Yo decir, no digo, ni creo tampoco, repito lo que ellos hablan. Por mi parte, seguro estoy de que es torpe calumnia. Te conozco demasiado bien, María, para dudar de tí... Tú me quisiste.. me amaste... y... ¡me amas! (V. cambiando gradualmente.)

MARÍA Yo... te quise, sí.. mas..

RIC. ¿Crées posible que yo esté celoso de ese desdichado? .. No, mujer... no, tú me quisiste y tú me amas. En él se desarrolló una pasión loca y ciega por un imposible... tú, obedeciendo á una gratitud mal entendida, á un cariño disparatado, has conseguido dominar, momentáneamente, tu sentimiento y tu inclinación; pero á su fuerza invencible cederás antes ó después. Hoy, soy yo la víctima, tú lo serás luego, pero en último término, él sufrirá todas las terribles consecuencias de tu locura, porque así lo han dispuesto las infalibles leyes de la naturaleza y el destino. Acompañarás eternamente al hombre que te ama, y al que hoy crees querer, pero como tu pasión no existe, su compañía te será indiferente bien pronto y odiosa después; y entonces pensarás en mí, y si te falta fuerza para huir de él, le abandonarás con el pensamiento y en mi recuerdo se recreará, y con tu intención y con tu deseo le faltarás. Sí, tu generosidad equivocada de hoy, será la perdición para nosotros tres.

MARÍA ¡Calla, calla por Dios!

RIC. ¡Qué... tan sólo de oirme, de tenerme cerca de tí, te faltan ánimos ya!..

MARÍA Mi ánimo no faltará nunca.

RIC. Sí, desdichada; se puede ofrecer todo, todo ménos el amor; ese no es nuestro, lo da Dios ya puesto en alguien, y las humanas fuerzas son incapaces de hacerse su dueño... ¡Oh! ¡Si ese infeliz comprendiese esto, si supiera lo mucho que me has querido, no osaría tratar de arrancarte de mí!... (Con exaltación creciente.)

MARÍA Por piedad, no hables de eso.

RIC. Sí, si de ello hablo, del recuerdo de mis momentos felices que llenaron mi vida, de nuestro amor tan puro como tú, tan noble como yo.

MARIA ¡Oh... desesperación... calla!

RIC. (Con calor.) ¡No, ¿por qué vida mía?.. lo que es grande y puro no se calla nunca!

MARIA ¡También mi sentimiento es grande!

RIC. ¡Sí, y por él te admiro; pero no es tan intenso como era nuestro amor... amor, germen de vida, poder invencible! (Se oye un rumor lejano.)

MARIA ¿Qué es (Escucha.) ...ese ruido? (Va aterrada á la puerta de la izquierda. Se oye una rondalla luego. Pausa; la rondalla se acerca.)

RIC. (Abre la ventana. El ruido de la rondalla se percibe mas claramente, viene gente tocando y cantando un aire muy alegre.) Sí... son los chicos, á la estación van ..

MARIA Creí sentir aqui;. . (A la puerta. Aparte.) ¿Una rondalla? (Se acerca más cada vez.)

RIC. (Con entusiasmo creciente hasta el fin del parlamento.) Sí... son los muchachos que yo escogí y que mañana abandonarán este lugar para trabajar en nuestras canteras bajo mi dirección; gente moza, llena de ilusiones y de fuerza; es la sangre joven, la esperanza, la alegría triunfante; nada puede oponerse á su noble contento. Es la fuerza avasalladora del hombre. ¡Es la juventud! (La rondalla pasa muy cerca y se va alejando despnés.) Ya se alejan... pasaron como todo... ¡María! (Deja de oirse en absoluto.)

MARIA (Desesperada.) ¡Vete... vete de aquí, por Dios... huye, huye!

RIC. ¡No puedo! (Con gran exaltación.) Vine con ánimo de despedirme de tí... quizás para siempre... pero te he visto de nuevo y no puedo, no; has evocado en mí todos los recuerdos gratos de mi vida... no, no me voy, me amas, me perteneces, eres mía, é inútil es cuanto en contrario digas. ¡Ven á mí... ven... ven á tu Ricardo!

MARIA ¡No, no. Dios mío, dadme fuerzas!

RIC. ¡Fuerzas, sí, para amarme más aún de lo mucho que me amas! (Se acerca á ella.)

MARIA No .. me siento desfallecer. . pero no... ¡Pascual, Pascual! (Llamando. Va a la puerta del cuarto en que está él.)

ESCENA V

PASCUAL, RICARDO y MARIA

PAS. ¡Oh! (Saliendo desesperado.)

RIC. ¡Qué! ¿me espiabas?...

PAS. No, no... os he oído, he vuelto á la razón, he sentido vuestro amor como un peso inmenso que me aplastaba y del que no podía desasirme... no podía, no podía...

MARIA ¿Cómo?...

RIC. ¿Qué?...

PAS. Sí... ven María... ven á mis brazos, disculpa mi loca pasión, ¡oh! (Abrazado á ella.) pero quiéreme mucho simpre... como yo te querré á tí... Vuestro amor me ha hecho recobrar la vista del alma: ¡estaba ciego y no veía... no veía!

MARIA ¡Oh, Pascual, qué bondad la tuya!

RIC. ¡Noble corazón! Te admiro. Perdona si te ofendí.

PAS. No .. Yo era el insensato, que triste, moribundo casi, osé luchar contra la sangre joven, la esperanza, la alegría, la juventud... Amparo sólo os pido, cariño, compasión...

MARIA Todos mis cuidados serán para ti.

RIC. No te abandonaremos.

PAS. No la separes nunca de mí. Y tú, Ricardo, no me guardes rencor. Explícate mi obcecación, siente mi tristeza... ¡Amaos mucho!

ESCENA ÚLTIMA

PASCUAL, RICARDO, MARIA, ANTONIA, ADELA. Antonia y Adela entran por el fondo

ANT. ¿Quién está?

ADELA ¡Don Ricardo!

PAS. ¿Es mi madre? (Antonia y Adela forman grupo con Pascual a la izquierda. A la derecha, Ricardo y María.)

MARIA Sí, es ella.

PAS. Madre mía, aquí los tienes... Que sean felices.

ANT. Al fin, hijo mío, comprendes...

ADELA ¡Hermano!

PAS. Sí, comprendo. . Estaba loco... No veía.

RIC. (A María.) Hermosa alma es la suya... Hermoso también era tu sacrificio..

MARIA Y hermoso es nuestro amor. (Suena de nuevo la rondalla, que se va acercando.)

PAS. ¡Oh! Que no pasen de largo como antes. . Que entren aquí, que haya alegría para vosotros y pueda pedir el pobre ciego un poco de felicidad ¡por el amor de Dios! (María va á abrazar á Pascual; Antonia a su lado; Adela, á la ventana, y Ricardo en la puerta del fondo. Llama desde allí á la gente, que viene cantando; éstos, al ver á Ricardo, dan voces de contento, y llegan animados y al son de la rondalla hasta la puerta —Telón.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

En todas las principales librerías.